

# AVENTURA, SUEÑO Y MAGIA EN *LE GRAND MEAULNES*, DE ALAIN FOURNIER

ANTONIA PAGÁN LÓPEZ  
Universidad de Murcia

Alain Fournier es autor de una sola obra, *Le grand Meaulnes*, publicada a finales de 1913 —meses antes había hecho su aparición en *La Nouvelle Revue Française*—. En 1914 la muerte quebró súbitamente la vida de Fournier, interrumpiendo el inicio de una brillante carrera literaria.

Alain Fournier contaba con diversos poemas, ensayos y cuentos, reunidos bajo el título de *Miracles*, no obstante la obra que lo dio a conocer fue *Le gran Meaulnes*. Desde 1905 el autor tenía en proyecto escribir una novela pero se mostraba indeciso en el tema y en el título de la futura obra. Hacia 1910 comunica a Jacques Rivière las características de la obra que se va perfilando:

“De plus en plus mon livre est un roman d’aventures  
et de découvertes”<sup>1</sup>.

Novela de aventuras en base a una realidad salpicada de incidentes y sorpresas. Pero al mismo tiempo aventura como tránsito de la vida de unos adolescentes que pasan de la infancia a la edad adulta y van descubriendo el mundo, la amistad, el amor, en un vaivén continuo que oscila entre el sueño y la realidad.

## ESTRUCTURA NARRATIVA

La narración se inicia con la historia que François Seurel empieza a relatar a la llegada de Augustin Meaulnes al Internado de Sainte Agathe. François será el hilo conductor del relato

---

<sup>1</sup> *Histoire Littéraire de la France*, Tome V, E. Sociales, Paris, 1977.

desde la presentación del héroe hasta su huida tras un enigmático personaje, Frantz de Galais, y su posterior regreso.

La obra aparece estructurada en tres partes claramente delimitadas. La primera parte se compone de 17 episodios, en los que se va acentuando una tendencia por el misterio. Los hechos son presentados como confusos, algunos producen la impresión de irrealidad propia de los sueños. La segunda parte consta de 12 capítulos de auténticas aventuras, en las que Meaulnes y sus amigos son los auténticos protagonistas por tierras de Sologne, donde Alain Fournier pasó su infancia. En la tercera parte, constituida por 16 capítulos más un epílogo, predomina la sorpresa, el encuentro y la consolidación de una fuerte amistad entre François Seurel e Yvonne de Galais.

La narración lineal de la historia se ve interrumpida por las tres cartas que Meaulnes dirige a François —en el episodio 12 de la segunda parte—. Con ellas el género epistolar irrumpe en el discurso narrativo. Las cartas de Meaulnes permiten al narrador seguir el rastro de Augustin tras una prolongada ausencia.

El descubrimiento del diario de Meaulnes, inserto en el capítulo 13 de la tercera parte, próximo el desenlace, constituye otro dato importante dentro de la estructura narrativa de *Le grand Meaulnes* pues la continuidad del relato queda garantizada. En un hábil juego de perspectivas narrativas Fournier se sirve de la técnica del “*récit à tiroirs*” al introducir en la narración, mediante el diario, hechos que resultan desconocidos para el propio narrador de la historia. La ausencia de Meaulnes, seguida de un triste acontecimiento, la muerte de Yvonne de Galais, provocan una laguna en la progresión del relato, subsanada por la presencia del diario. En él encontramos las razones que han motivado la huida de Augustin y los hechos acaecidos en su vida errante.

El diario de Meaulnes supone el punto culminante de la intriga novelesca, que se va tejiendo de modo subrepticio a lo largo de la obra. Con la confesión de Meaulnes la atmósfera misteriosa que envolvía el relato se va esfumando paulatinamente.

A pesar de que la historia presenta un final trágico, la muerte de la heroína, observamos una nota de optimismo en la aparición de un nuevo personaje en escena: la hija que Yvonne ha tenido meses antes de morir. La niña representa la proyección de la vida, la esperanza en el corazón de Meaulnes. Con ella se perpetúa el ciclo de la aventura iniciado por Meaulnes. Este encuentra a su regreso un pequeño ser con el que compartir su solitario destino. Así lo interpreta François Seurel en las últimas líneas del libro:

“...la seule joie que m'eut laissée le grand Meaulnes, je sentais bien qu'il était revenu pour me la prendre. Et déjà le l'imaginai, la nuit enveloppant sa fille dans un manteau, et partant avec elle pour de nouvelles aventures...”<sup>2</sup>.

## LA AVENTURA EN *LE GRAND MEAULNES*

Una dosis de fantasía y una fuerte carga nostálgica late en la evocación de la infancia del grupo de escolares de Sainte Agathe. La nostalgia propia del genuino recuerdo de la infancia o de los años de la adolescencia.

---

<sup>2</sup> A. FOURNIER, *Le grand Meaulnes*, p. 279, E. Fayard, 1971.

Nos encontramos ante una visión del mundo enjuiciada por unos personajes idealistas. Su aprendizaje en la vida y en el amor se impone como algo nuevo y doloroso. La angustia invade sus atormentados espíritus ante la búsqueda del amor perdido o de la amistad irrecuperable.

El héroe de la historia, Augustin Meaulnes, nos es dado a conocer a través del recuerdo de su amigo François Seurel. Meaulnes es un personaje dotado de una fuerte inclinación por la aventura; en ella se ven realizados sus quiméricos pensamientos. François Seurel es la antítesis de Meaulnes. Es un ser realista, que comparte el gusto por la aventura de Meaulnes o de Frantz de Galais, pero carece de la audacia que caracteriza a éstos.

Yvonne de Galais, del mismo modo que François Seurel, no se siente atraída por la vida errante. François e Yvonne son personajes anclados en la realidad. La búsqueda de la felicidad se circunscribe a su entorno local, y, en definitiva a ellos mismos. En contrapartida otro personaje femenino, Valentine, opta por la vía de la aventura. Ellas es el móvil que impulsa a Frantz de Galais a la vida bohemia.

Hay en *Le grand Meaulnes* una constante huida de la realidad tras la consecución de un ideal —como sucede en Augustin— o como evasión de una situación comprometida —tal es el caso de Frantz y Valentine tras una sorprendente ruptura—.

Cuando el héroe del relato, Augustin, parece alcanzar su ideal amoroso un incidente —fortuito y consciente—, rompe el curso feliz de los acontecimientos: Augustin abandona a Yvonne, recién iniciada su unión matrimonial, en virtud a una antigua promesa formulada a Frantz. Los lazos afectivos no logran detener la pasión de Meaulnes por la aventura y son sacrificados ante la llamada de la amistad. El desarraigo emocional impulsa a Frantz de Galais a un vagabundeo constante y prolongado por el territorio francés. En Valentine la aventura comporta una dimensión social: su huida supone una ruptura de los compromisos sociales.

Frantz, Valentine y Augustin Meaulnes, son personajes dotados de una gran fantasía. Su temperamento romántico les lleva a la persecución de un ideal o al rechazo obsesivo de éste. Ellos, que eligen los tortuosos senderos de la aventura, presentan una curiosa coincidencia: el gusto por la metamorfosis, la necesidad de mutar su indumentaria o apariencia externa, anhelo de cambio, deseo de autoafirmación o de identidad con los ídolos de sus sueños: Frantz de Galais aparece en traje de Pierrot durante el espectáculo circense que un grupo ambulante lleva a Sainte Agathe<sup>3</sup>. Valentine abandona Bourges disfrazada con ropa masculina<sup>4</sup> creyendo contrariados sus sentimientos y comprometido su modesto origen y Meaulnes aparece transformado con un magnífico chaleco de seda negra<sup>5</sup> en el transcurso de una inolvidable y fantástica fiesta.

## SUEÑO Y MAGIA EN *LE GRAND MEAULNES*

Alain Fournier deseaba realizar una obra en la que no existieran personajes ni argumento, en la que los elementos oníricos gozaran de todas sus prerrogativas. La historia y los personajes se sacrificarían en beneficio de la fantasía —“des rêves qui se rencontrent”<sup>6</sup>. El sueño es en *Le grand Meaulnes* otro gran eje temático en torno al que se estructura la obra.

---

<sup>3</sup> A. FOURNIER, *Le grand Meaulnes*, p. 137, Edit. Fayard, 1971.

<sup>4</sup> Idem., p. 188.

<sup>5</sup> Idem., p. 39.

<sup>6</sup> D. LEUWERS, *Le grand Meaulnes*. Commentaires, p. 300. Librairie Générale Française, 1983.

“Le rêve” se manifiesta como una tendencia de la imaginación de los personajes hacia otras esferas más sugestivas que las de la realidad o bien como una evasión hacia paraísos perdidos. Hay una tendencia a soñar en los personajes de esta historia, tendencia que se agudiza de forma especial en Augustin Meaulnes. Los viejos sueños, las nuevas ilusiones revisten la realidad y la transforman sorprendentemente. Existe una terminología de conceptos antinómicos en torno a los términos “espoir”, “regret”, “rêve” y “réalité” que se manifiesta de forma reiterada en la narración.

En muchas ocasiones el sueño surge del peso de lo cotidiano, de situaciones insignificantes o de la presencia de las cosas ignoradas. En este sentido encontramos objetos, desapercibidos, pero importantes pues son capaces de desencadenar imágenes o sensaciones maravillosas en la mente de los adolescentes de Sainte Agathe. Estos objetos, junto con determinados ambientes, funcionan a modo de resorte que activa la fantasía de los personajes. Los objetos, dotados de un gran poder de sugestión, aparecen, se interponen en el camino del grupo constituido en torno a Meaulnes y transforman la situación más trivial en algo mágico. Destacaremos de forma especial algunos objetos o lugares misteriosos, que causan asombro o ejercen seducción en los personajes:

- la rueda de fuegos de artificio
- el chaleco de seda
- la habitación del dominio misterioso. —“La chambre Wellington”—
- El estuche del bohemio.
- La tienda de Florentin.
- El baúl de Meaulnes.

La llegada de Meaulnes al colegio de Sainte Agathe modifica el ambiente de clase y las vidas del pequeño grupo de amigos que allí encuentra. Desde el primer momento Meaulnes destaca no sólo por su carácter audaz, reservado y misterioso, sino por una especial predilección por lo insólito. A él se debe el hallazgo de lugares desconocidos —El castillo del dominio perdido—, o de pequeñas cosas, triviales a primera vista, pero fabulosas en cuanto que trastocan la realidad en algo maravilloso. Así sucede con la rueda de fuegos de artificio, olvidada en una buhardilla, descubierta por Augustin:

“...une petite roue en bois noirci; un cordon de fusées déchiquetées courait autour...”<sup>7</sup>.

El personaje principal pone en funcionamiento este artilugio, que provoca todo un espectáculo de fantasía cromática con sus destellos luminosos y transforma la visión crepuscular:

“Un instant après, ma mère qui sortait (...), vit jaillir sous le préau, avec un bruit de soufflet, deux gerbes d'étoiles rouges et blanches et elle put m'apercevoir, l'espace d'une seconde, dressé dans la lueur magique, tenant par la main le grand gars nouveau venu”<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> A. FOURNIER, *Le grand Meaulnes*, p. 11. Edit. Fayard, 1971.

<sup>8</sup> *Idem.*, p.12.

Augustin Meaulnes y François Seurel aparecen envueltos en la luz mágica de los fuegos de artificio; luz que sella el inicio de una gran amistad abierta a la aventura.

Otro elemento original, seductor, que despierta la curiosidad en el ánimo de François es el chaleco de seda que completa la indumentaria de Augustin Meaulnes al regreso de una fiesta inesperada, celebrada en un lugar extraño, de difícil acceso y solamente conocido por el héroe. Este lugar aparecerá denominado, en el relato como “le domaine étrange” o “le domaine perdu”. El chaleco despierta la admiración de François, quien lo define como “vêtement d’une fantaisie charmante”<sup>9</sup> y nos transporta a otra época y a un medio social, distinguido y aristocrático, en contraste con el tranquilo medio rural en el que transcurre la vida de estos adolescentes:

“...Je vis qu’il portait, au lieu du petit gilet à boutons de cuivre, qui était d’uniforme sous le paletot, un étrange gilet de soie, très ouvert, que fermait dans le bas un rang serré de petits boutons de nacre”<sup>10</sup>.

La prenda de seda confiere a Augustin un aire distinguido: El adolescente de apariencia rústica se ha transformado en personaje de sueño:

“Dès qu’il l’eut touché, sortant brusquement de sa rêverie, il tourna la tête vers moi et me regarda d’un oeil inquiet”<sup>11</sup>.

Sueño del que no puede participar François Seurel, pues desconoce la procedencia del chaleco de seda, objeto precioso, que suscita su curiosidad y deja abierta una incognita en su espíritu, una de las muchas que observará en la compleja personalidad de Meaulnes.

En otro episodio el héroe del relato se obstina en la reconstrucción del itinerario que conduce a la misteriosa mansión del dominio perdido. Una vez localizada se desliza furtivamente en su interior y atónito contempla la magnificencia del lugar: el inmenso salón decorado con piezas valiosas y armas antiguas. Se recrea en la contemplación de los objetos dispersos en la estancia:

“Il alla soulever le rideau du fond et découvrit un grand lit bas, couvert de vieux livres dorés, de luths aux cordes cassées et de candélabres jetés pêle-mêle”<sup>12</sup>.

Objetos nobles por los que el paso del tiempo ha dejado su huella. Todos ellos presentan una nota común: la decrepitud —“vieux livres, luths aux cordes cassées, candélabres”— y el esplendor de un tiempo pasado. Un aire nostálgico flota en el ambiente de la estancia Wellington, repleta de objetos antiguos, que Meaulnes sorprende olvidados en un profundo sueño.

---

<sup>9</sup> Idem.

<sup>10</sup> Idem., p. 39.

<sup>11</sup> Idem.

<sup>12</sup> Idem, p. 62.

En *Le grand Meaulnes* encontramos la sorpresa constante en los distintos episodios del libro. Sorpresa que interviene por medio de la presentación de personajes desconocidos. Un alumno nuevo y peculiar “le bohémien”, irrumpe en la vida escolar de Sainte Agathe a la que da un impulso nuevo, como había sucedido anteriormente con Augustin Meaulnes. Este curioso personaje aparece como un mago que va ofreciendo diversos objetos maravillosos, guardados en su cartera, que transporta fuera de la realidad a los otros niños:

“Je me rappelle encore cet être singulier et tous les trésors étranges apportés dans ce cartable qu’il s’accrochait au dos. Ce furent d’abord le porte-plume à vue qu’il tira pour écrire sa dictée. Dans un oeillet du manche, en fermant un oeil, on voyait apparaître, trouble, grossie, la basilique de Lourdes sou quelque monument inconnu”<sup>13</sup>.

Estos objetos que empiezan a desfilar ante los ojos infantiles adquieren la consideración de fabulosos tesoros —“trésors étranges”— como el estuche con imágenes impresas y cambiantes —“porte-plume à vue”— que, similar a un prodigioso calidoscopio, estimula la imaginación de la clase.

“Le bohémien” hace surgir de su cartera, a modo de un prolífico Cuerno de la Abundancia, sorpresas fantásticas. Así vemos “un plumier chinois”<sup>14</sup> repleto de instrumentos divertidos o libros desconocidos o prohibidos que suscitan el más vivo interés de los alumnos.

“Le bohémien” provisto de su cartera mágica trastoca la monótona clase en un inusitado juego furtivo en el que los principales actores son los alumnos, dirigidos por la sutil batuta de una discreta estrategia. Tan sorprendente alumno no solo les aporta inesperados regalos sino que les enseña actividades lúdicas originales y desconocidas.

En el recuerdo de las vacaciones de infancia y de adolescencia de François la tienda de su tío Florentin ocupa un lugar privilegiado. Emplazada en el corazón del viejo Nançay, frente a la plaza de la iglesia, es un original bazar que encierra sorpresas inagotables:

“Il me semblait lorsque j’étais enfant et que je traversais ce dédale d’objets de bazar, que je n’en épuiserais jamais du regard toutes ces merveilles”<sup>15</sup>.

A ella llegan los más diversos objetos, de distinta procedencia y con diferente función utilitaria, botes de especias, sombreros, lámparas, mezcolanza que complace la curiosidad del joven Seurel. La nostalgia de una época pasada queda aprisionada entre las cuatro paredes de la tienda. François la evoca a través de antiguas fotografías, ajadas por el paso del tiempo. Junto al recuerdo de la adolescencia y de la infancia allí vividas se produce una retrospectiva prolongada hacia el pasado al evocar François los años escolares de su progenitor.

En el recuerdo infantil los variados objetos de la tienda —“ces merveilles”— ejerce una fascinación. La mirada intenta penetrar en el secreto de las cosas anónimas: las mercancías, lujosamente embaladas, son desenvueltas con inquietud y asombro:

---

<sup>13</sup> A. FOURNIER, *Le grand Meaulnes*, p. 113. Edit. Fayard, 1971.

<sup>14</sup> Idem.

<sup>15</sup> Idem., p. 174.

“C’est là que se passaient nos matinées; et aussi dans la cour où Florentin faisait pousser des dahlias et élevait pintades; où l’on torréfiait le café, assis sur des boîtes à savon; où nous débarrassions des caisses remplies d’objets divers précieusement enveloppés et dont nous ne savions pas toujours le nom”<sup>16</sup>.

Objetos misteriosos, inesperados, desconocidos, salen como de una auténtica caja de sorpresas suscitando el asombro infantil.

La tienda de Florentin es también lugar de reunión y encuentro. Allí ve por primera vez a Yvonne de Galais, ideal amoroso de su amigo Augustin Meaulnes. Este encuentro será el inicio de una sólida amistad sólo quebrantada por la muerte. La tienda de Florentin encierra un valor entrañable en el recuerdo de las vivencias de la infancia y de la adolescencia de François Seurel.

En un intento de reconstruir los hechos y el silencio de Meaulnes, tras una prolongada ausencia, François inicia un rastreo de la casa de Meaulnes e inspecciona sus objetos personales:

“...d’anciens cartons de toutes formes, qui se trouvaient tantôt remplis de liasses de vieilles lettres et de photographies jaunies de la famille de Galais (...). Il s’échappait de ces boîtes je ne sais quelle odeur fanée, quel parfum éteint, qui soudain, réveillaient en moi pour tout un jour les souvenirs, les regrets et arrêtaient mes recherches”<sup>17</sup>.

Viejas cartas, guardadas en cajas de distintas formas, que exhalan un aroma marchito al abrirlas, el cual hace surgir todo un mundo perdido, olvidado, en François Seurel. Como Proust, Fournier desarrolla e intensifica las sensaciones olfativas. La fuerza evocadora de los olores hace brotar en la conciencia de François emociones dormidas en los recónditos lugares de la memoria.

El narrador encuentra la clave de los acontecimientos en el rincón más olvidado de la casa: el desván; aquí halla François un baúl, que contiene el diario entre otras pertenencias de Meaulnes:

“J’en fis sauter facilement la serrure rouillée. La malle était pleine jusqu’au bord des cahiers et de livres de Sainte Agathe (...). Avec attendrissement plutôt que par curiosité, je me mis à fouiller tout cela (...). Il y avait aussi un «Cahier de Devoirs Mensuels». J’en fus surpris, car ces cahiers restaient aux cours et les élèves ne les emportaient jamais au dehors. C’ était un cahier vert tout jauni sur les bords. Le nom de l’élève était écrit sur la couverture en ronde magnifique...”<sup>18</sup>.

Ante la presencia de este material escolar, François rememora su infancia en el Internado. No experimenta curiosidad ante estas cosas, envejecidas por el curso del tiempo —“serrure rouillée cahier jauni”—, sino ternura y nostalgia pues en ellas ha dejado una etapa de su vida.

<sup>16</sup> Idem., p. 175.

<sup>17</sup> Idem., p. 252.

<sup>18</sup> A. FOURNIER, *Le grand Meaulnes*, p. 252. E. Fayard, 1971.

La sorpresa surge con el hallazgo del diario que guarda el secreto de Meaulnes. El diario presenta síntomas de deterioro; en cambio la escritura de Meaulnes aparece incorruptible, magnífica —“magnifique”— como la personalidad de Augustin. El diario, objeto anhelado, sale del baúl como un valioso regalo de una caja de sorpresas para satisfacer la inquietud de François Seurel.

En *Le grand Meaulnes* la suerte de las cosas corre paralela a la de la aventura o lo maravilloso del relato, constantes que se mantienen a lo largo de la historia. Hay en los objetos una nota implícita de sorpresa o de fantasía. Ellos actúan e invitan a soñar a los personajes, contribuyendo a crear con su presencia material la atmósfera difusa, onírica y fantástica que fluye por las páginas de *Le grand Meaulnes*. A ellos les ha sido confiada una ardua tarea: transformar lo cotidiano en algo mágico.